

# **¿Es feliz el hombre de hoy? Sociología de la felicidad**

Juan María González-Anleo

**¿Necesita la sociología una definición de la felicidad para abordar su estudio?** Yo diría más bien todo lo contrario: cualquier concepto apriorístico establecido más allá del extrarradio de las prácticas discursivas de la sociedad real supone, en mi opinión, antes un obstáculo a la exploración sociológica que una ayuda, aunque solo sea porque incita a la comparación con el ideal, una práctica que, aunque es comúnmente utilizada, debería tener muy poco que ver con el método sociológico. La sociología no tiene ni el mismo campo de estudio que la filosofía ni, evidentemente, su mismo objetivo. Para abordar el estudio de cualquier fenómeno social, y en especial de algo tan etéreo como la felicidad, al sociólogo le basta tener unas cuantas ideas claras:

1. Antes que ninguna otra: que **la felicidad es una palabra** y que, como tal, solamente adquiere su materia y su peso específicos dentro de un momento histórico concreto, de una sociedad, una cultura y una subcultura.
2. Que aunque podríamos seguir la subdivisión anterior hasta llegar al propio individuo, aceptando, con Freud, que “la felicidad es algo esencialmente subjetivo” y que, como prosigue, “por mucho que nos horroricen determinadas situaciones como la de un esclavo de las galeras, un campesino durante la guerra de los Treinta Años, una víctima de la Inquisición, sigue siendo imposible para nosotros penetrar en lo que han sentido dichas personas”, antes de condensarse en las vivencias y los sentimientos propios de un individuo concreto, la felicidad es algo INTERSUBJETIVO, es decir, social.

Sentadas estas premisas ¿Qué puede interesar a un sociólogo en un tema como este, históricamente recluido al estudio filosófico o psicológico? Fundamentalmente:

1. ¿Cómo define la sociedad actual la felicidad?
2. ¿Qué funciones sociales tiene esta definición? ¿Qué mecanismos, luchas de poder o enfrentamientos entre intereses han forjado y siguen forjando hoy en día el discurso vigente sobre la felicidad en el seno de la sociedad?

3. Aunque haciéndose esta pregunta el sociólogo se vea en la necesidad de hacer un alto en el camino que acabo de definir propiamente sociológico y recurrir a la filosofía ¿hace feliz esta idea o esta definición social de felicidad?

Para responder estas preguntas propongo comenzar con una serie de **observaciones simples** con las que probablemente todos nosotros estamos más que familiarizados. Una escena tan cotidiana como una pareja, un grupo de amigos o una familia haciéndose una foto frente a la catedral de Santa María o el Arco de San Martín. Todos se agrupan, se llaman a gritos para recomponer el grupo disperso y apiñarse para caber en la foto. Le piden a algún turista que le pille cerca que les haga el favor y... PATATA!

Es posible incluso que no haya que decir nada, simplemente se sonríe, aunque duelan los callos de los pies de tanto andar y se haya dormido poco y mal por las inclemencias de una cama a la que no se está acostumbrado o se tenga un comprensible atracón de la morcilla de estas tierras. Es una escena tan corriente que lo más probable es que ni siquiera nos llame la atención. Hasta que, algún día, caiga en nuestras manos, rebuscando en algún viejo baúl del trastero o visitando alguna exposición, fotos de nuestros abuelos o bisabuelos. Solo entonces nos damos cuenta de que esta escena, incluso en un pasado bien cercano, no tiene nada de normal.

La vida de nuestras sociedades desarrolladas se presenta como una inmensa **acumulación de signos de placer y felicidad**. Alguien que venga de un país que no disfrute de nuestro nivel de vida y que solo vea nuestra cultura a través de la pequeña pantalla, en series u otros programas de televisión, como les sucede a millones de personas en todo el mundo, puede pensar que en nuestras sociedades el progreso y la opulencia han permitido al hombre regresar, después de tanto tiempo, al paraíso terrenal.

Desde los escaparates repletos de mercancías hasta la publicidad de sonrisas radiantes y una promesa de mayor felicidad aún en cada mensaje, en cada producto. Desde el sol de las playas hasta los cuerpos bronceados. Desde las lujosas vacaciones hasta los entretenimientos mediáticos, las sociedades opulentas se exhiben con los rasgos de un hedonismo resplandeciente. En todos lados se levantan catedrales consagradas a los objetos y a las distracciones, en todos lados resuenan los himnos al mayor bienestar y todo se vende con promesas de voluptuosidad y de felicidad.

**Otra observación cotidiana:** Desde hace ya unos cuantos años (es probable que muchos de vosotros lo hayáis notado) los **libros de autoayuda** y los libros espirituales, pseudo-espirituales o pseudo-científicos han encontrado un lugar privilegiado en las grandes y pequeñas librerías.

Hasta el punto de haber “puesto contra las cuerdas”, es decir, de haber desplazado a las estanterías laterales los libros serios de ciencia, religión, psicología o sociología. Solo hay que mirar, de entre los best Sellers, los que cuentan con el privilegio de estar en el top ten, con ventas multimillonarias: por ahí han pasado *El Caballero de la Armadura Oxidada*, de Robert Fisher y, más tarde, en su versión femenina, *La Reina que dio Calabazas al Caballero de la Armadura Oxidada*, de Marcia Grad. No es broma. El Dalai Lama batió récords de ventas con *El Arte de la felicidad: manual para la vida*, Billy Graham, reverendo evangélico, con *El secreto de la felicidad* y Kremnizer, a su vez, con *Escalera arriba: pasos hacia la felicidad judía*.

En su *Historia de la Felicidad*, un libro de reciente publicación en nuestro país, McMahon enlaza títulos que han encabezado la lista de best seller en EEUU, muchos de los cuales podemos encontrar en las mesas centrales de las principales mesas de nuestras librerías:

“Cuente si puede”, dice este autor con sorna “*14.000 cosas con las que sentirse feliz y 33 momentos de felicidad*, o marque en el calendario *Encontrar la Felicidad en un Plan de 30 días*. Se puede tomar el atajo de *101 formas para lograr la felicidad* o seguir el camino más largo de *Mil caminos hacia la felicidad*, en lo que parece ser una ciencia emergente. Añada las *7 estrategias para la riqueza y la felicidad* del filósofo empresarial más destacado de los EEUU o aprenda a comer con el *Libro de la macrobiotica: el método universal para alcanzar la salud, la felicidad y la paz*. “Hay”, prosigue McMahon, “*Pasos del bebé hacia la felicidad (...)* *Felicidad obligatoria*, *Felicidad peligrosa*, *Felicidad sólo para mujeres negras* y *Felicidad gay (...)* *La alegría de exprimir*, *La alegría de no trabajar*, *La alegría del Yiddish*, la *Alegría de perder peso*.”

La pregunta central aquí me parece obvia: ¿porqué unas sociedades que se suponen tan felices como las nuestras son auténticas adictas a este tipo de libros? ¿Por qué no queda ya una sola revista, ni siquiera los semanarios de uno solo de los periódicos de mayor tirada nacional, que, al igual que sucede con las librerías, no reserve ya sus espacios más destacados a otra cosa que a los consejos y recomendaciones para ser feliz? ¿Cómo es posible que sea precisamente en este tipo de sociedades donde se haya acuñado el término *síndrome-de-abatar* (quizás lo hayáis oído) para hablar de la necesidad psicológica que ha experimentado mucha gente de volver una y otra vez a ver la película porque, como declaraba un espectador poco después del estreno: “se me hacía difícil abandonar la sala y volver a la realidad”?

“Quien habla de felicidad”, escribió el poeta francés Louis Aragon, “suele tener los ojos tristes”. Tremenda frase... Como sucede tantas veces, la primera vez que la leí me bastó su belleza para que tuviera pleno sentido. Sin embargo esta frase oculta no solo una, sino varias reflexiones

interesantes sobre el sentido de la felicidad y las posibles formas que tenemos de encararla.

Propongo tres:

- La primera es que la felicidad ha sido tan escasa y puntual a lo largo de la historia de la humanidad, así como lo es en la historia personal de cada uno de los seres humanos, que es difícil hablar de ella sin pasar los ojos por encima de todo el sufrimiento y la desdicha que la rodea. “La historia no es la tierra en la que la felicidad crece” escribió Hegel en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia* “Los periodos de felicidad”, prosigue, “son las páginas en blanco de la historia”.

No pocos estudios cualitativos han puesto de relieve que muchas personas, en nuestros países desarrollados, a la hora de ser preguntados en las encuestas sobre si son o no felices, sienten vergüenza de decir que no lo son. Puede que no se sientan felices, pero les es imposible apartar los ojos de la infelicidad del mundo. Sabemos que somos las páginas en blanco y que lo tenemos todo para ser felices. No es extraño sentir vergüenza si no lo somos. En la película *Eva al Desnudo* hay una escena – Bette Davis - Ahora bien, ¿cuántos de nosotros nos sentimos con derecho a gritar lo mismo? Más aún, ¿cuántos se lo confesaríamos a un entrevistador?

- La segunda reflexión que suscita el verso de Aragon, y que propongo no perder de vista por lo menos hasta que termine esta conferencia es bien diferente de la anterior. Flaubert la formula mucho mejor de lo que yo podría hacerlo: ¿Cuántas lágrimas han corrido por culpa de esa palabra, -felicidad-, sin ella viviríamos más tranquilos”. Desde el momento en el que la felicidad, a partir de la Ilustración, se convierte en un derecho del hombre, los grandes experimentos sociales rescatan del más allá la felicidad del hombre y la trasplantan en un futuro que es capaz de justificar y de dar sentido a las mayores atrocidades en su nombre.

El presentismo actual del que tanto hablamos los sociólogos como valor de base en nuestras sociedades, el *Carpe diem*, el tatuaje preferido por los jóvenes desde hace ya varias generaciones, probablemente haya de ser interpretado como una reacción social frente a las promesas incumplidas de tanto aparato ideológico y tanta ingeniería social. La felicidad se exige ahora, en el presente. Nadie quiere pagarés ni a medio ni, mucho menos, a largo plazo. Ahora bien, y esta es la idea central, o por lo menos la que más me interesa destacar aquí: ¿ha dejado la felicidad de hacer correr lágrimas en nuestras sociedades? Una vez arrebatada a un futuro siempre lejano ¿puede hablarse ya de la felicidad con los ojos alegres?

- Esta última pregunta nos conduce a tercera y última reflexión: Si nuestra sociedad es, por fin, ese futuro tantas veces prometido ¿por qué hablamos tanto de la felicidad? ¿por qué esa repetición enfermiza de los signos de felicidad de la que hablábamos antes porqué tanto libro, tanto artículo, tanto programa de televisión?

Comte-Sponville sugiere una posible solución a este aparente enigma, una solución que por el momento (pero solo por el momento) no tomaremos en serio pero que retomaremos más adelante: “Solo se espera lo que no se tiene. Si esperamos la felicidad quiere decir que no somos felices. (Y) a la inversa, quien estuviera plenamente feliz, ya nada tendría que esperar”.

Una vez que ya he conseguido enmarañar un tema ya de por si complejo como el de la felicidad con un montón de preguntas y de paradojas propongo, para comenzar a dar respuestas, simplificar lo máximo posible. Recurramos a un tópico filosófico: ¿Puede comprarse la felicidad con dinero? Lo primero que nos viene a todos a la cabeza al oír esta pregunta, sobre todo si se formula de esta forma, es que no, que el dinero no da la felicidad. La evidencia histórica, no obstante, como subraya Michael Hecht en su libro *El mito de la felicidad*, es que el dinero puede comprar la felicidad y que, de hecho, lo hace, o por lo menos, y esto es lo más importante, las condiciones imprescindibles para que las personas de carne y hueso (no los ascetas, los santos o los filósofos de pelo en pecho) puedan alcanzarlas.

La cuestión más importante aquí es ¿cuánto dinero? ¿cuántos bienes? ¿cuánto bienestar? Aquí es donde la sociedad de consumo comienza a encontrarse en un auténtico aprieto. Según los estudios de R. Inglehart del World Values Survey, la gente que vive en la pobreza apunta sistemáticamente niveles inferiores de bienestar subjetivo que los que están comparativamente mejor que ellos. Cuando la media de renta nacional anual se proyecta en un gráfico sobre la felicidad que aprecian los encuestados, la curva se dispara enormemente al principio. Pero después sucede algo muy curioso y que pocos esperaban antes de que empezasen a realizarse este tipo de investigaciones: la curva se nivela entre los 10.000 y los 13.000 dólares de renta. Un reciente informe realizado por Manuel Baucells del IESE y Rakesh Sarin, de la universidad de California es aún más preciso (innecesariamente preciso, en mi opinión) estimando en 11.500 euros la línea de corte, es decir, el mínimo para ser feliz. Después de este punto, un incremento de renta parece producir rendimientos decrecientes en cuanto a la felicidad, hasta el punto de que uno de los principales investigadores de este estudio concluye que: “en las sociedades industriales avanzadas no hay prácticamente relación entre el nivel de renta y el bienestar subjetivo”. Veamos los datos con mayor detenimiento (Gráfico)

Este revelador conjunto de datos ha dado pie a muchas especulaciones por parte de los científicos sociales, especialmente, como es de suponer, en relación con los factores que explican el ascenso y caída de la felicidad de las culturas después de que un país cruza el umbral crítico. ¿Porqué Islandia, Dinamarca, Suiza y Noruega presentan sistemáticamente niveles medios superiores de felicidad subjetiva que Japón, Alemania, Estados Unidos o Francia? O ¿quién no ha oído hablar ya a estas alturas del milagro de Bután, una pequeña y montañosa nación al sur de Asia en el tramo oriental de la cordillera del Himalaya que, con una renta per capita de 594 \$ ocupa el octavo puesto en el ranking de felicidad?

La respuesta a estas diferencias (como podéis observar en el gráfico inferior) está en el estilo de vida, una expresión que se aplica de manera muy genérica pero por la que básicamente podemos entender el carácter particular o de grupo expresado en diferentes ámbitos, las costumbres fundamentalmente, pero también en factores como la vivienda, el urbanismo, las relaciones interpersonales o la relación con el medio ambiente. El sorprendente caso de Bután, por ejemplo, quizá no lo sea tanto a la vista de su reciente historia y, sobre todo, de su forma de plantear la felicidad. En su discurso de coronación, el 2 de junio de 1974, Jigme Wangchuck dijo: **“La felicidad interior bruta es mucho más importante que el producto interior bruto”**, una filosofía que ha guiado la política de Bután y su modelo de desarrollo desde entonces y que se ha convertido en un debate al que se han apuntado premios Nobel como Joseph Stiglitz o Amartya Sen así como numerosos líderes políticos occidentales.

Cuando los planes de desarrollo comenzaron, el primer objetivo, acorde con lo que acabamos de ver sobre el “despegue” en la curva de Inglehart, fue la construcción de nuevas infraestructuras, como autopistas y prestaciones de servicios sociales en salud y educación. Sin embargo a partir de la década de los 90 se fundamenta en los principios budistas de la felicidad, entendida como un bienestar que brota de la unión física y espiritual, y que se ha concretado en cuatro pilares básicos: buen gobierno, preservación cultural, conservación del medioambiente y desarrollo socioeconómico equitativo. Una anécdota muy reveladora, especialmente para quienes tienen la costumbre de leer la sección de noticias nacionales en nuestro país: el rey vive solo en una cabaña modesta. Cuando la gente se ofreció a construirle un palacio dijo que no, que emplearan el dinero y el tiempo en levantar escuelas y hospitales. Igualito que aquí.

Dejemos a un lado la filosofía budista y busquemos entre las aportaciones de la sociología cuantitativa. La felicidad se convierte en un tópico central en varios estudios ya en los años sesenta, pero no es hasta entrada la década de los noventa cuando el proyecto toma realmente

dimensiones planetarias, de la mano de uno de los mayores expertos en la actualidad en este tema: Ruut Veenhoven, que recopila más de 2000 trabajos e investigaciones sobre apreciación subjetiva de vida, lo que más adelante se convertirá en parte Encuesta mundial de Felicidad (El famoso World Database of Happiness).

Evidentemente no todas las aportaciones a este tema coinciden ni en señalar exactamente los mismos factores de felicidad ni en otorgar idéntico peso a cada uno de ellos. No obstante, bastantes de estos factores gozan de un nivel más que alto de aceptación, especialmente los de naturaleza social.

- Los estudios realizados desde la perspectiva psicológica, como los de Ed Diener, ya a comienzos de los 80, ponen el énfasis en patrones concretos de personalidad, concretamente en la extraversión y la neurosis, así como en otros como la confianza social, el deseo de control y la disposición hedonista o capacidad de disfrute. Asimismo, los estudios de Veenhoven muestran las mayores correlaciones con la felicidad, en torno a un 30%, en otros factores individuales como la salud, la inteligencia o la empatía. Son más felices, como era de esperar, aquellas personas que afirman sentirse en buena forma física y los que se sienten “llenos de energía”. Pero lo son menos, un dato realmente interesante, los que mayores cociente de inteligencia obtienen en los test.
- En cuanto a los factores propiamente sociales o, como los denomina Veenhoven, de calidad de la sociedad, además del ya citado de la abundancia material, destacan por su importancia los siguientes:
  1. **La libertad** puede afectar el grado en el que los ciudadanos se sienten felices de diferentes formas: la libertad política es muy probable que provea de protección frente a las injusticias y gran número de agresiones, mientras que, por su parte, la personal permite a las personas elegir un estilo de vida que se adecue mejor a su necesidades personales. Las personas son más felices en países que han conquistado libertades políticas. También se observa una relación positiva en el caso de las libertades personales, aunque bastante inferior
  2. **Clima cultural:** se declaran mayores niveles de felicidad en aquellos países con mayor nivel educativo así como con mayor acceso y uso de la información. A su vez, aquellas personas con un nivel educativo más alto solamente son más felices en los países pobres y, habría que añadir, en los que la educación es un privilegio y un claro signo de distinción social. Sin embargo, en nuestros países, en los que la educación es algo generalizado y abierto a todos, la variable educativa presenta una correlación negativa con el nivel formativo alcanzado.



De esto no hay que sacar necesariamente como conclusión, como supongo que alguien estará pensando, que la cultura hace infeliz (y, por lo tanto, que solo los tontos son felices). Por el contrario, es más probable que esta correlación negativa tenga más que ver con la escasez de puestos de trabajo adecuados a los niveles educativos alcanzados (novia de Iñaki). También se percibe, aunque no muy alta, la correlación con las creencias religiosas, si bien no con la práctica lo que, apunta Veenhoven, indica una necesidad de sentido de la que proveen las creencias más que el seguimiento de los ritos y prácticas que vendrían a reforzarlas.

3. Por último, la **participación social**: Hay que destacar dos factores de integración: por un lado, la laboral. En contra de lo que podría esperarse, los datos apuntan claramente que las personas no son más infelices en los países con altas tasas de paro, sino al contrario, más felices, pero que lo son bastante más en aquellos países en los que hay una fuerte participación social y política, en los que disfrutan de canales de “banda ancha” de participación y en los que los ciudadanos se involucran activamente en el desarrollo social y político.

- Esta importancia de la cohesión social, de la existencia de una tupida red de relaciones vuelve a ponerse de manifiesto a la hora de abordar los llamados **factores de posición individuales. Relaciones sociales e íntimas**: no solamente o mejor dicho, no tanto la cantidad como la calidad de las relaciones, y la estabilidad de las relaciones. En los países desarrollados pierden importancia los hijos y los conocidos a la hora de proporcionar la felicidad, a favor de los amigos y, sobre todo, de la pareja.

No he analizado aquí todos los factores examinados por los múltiples estudios sobre el tema, pero sí los más importantes, que nos proporcionan material de sobra para hacer un análisis en detalle de nuestras sociedades. El siguiente paso que propongo, por lo tanto, consiste en que salgamos del marco más estrecho de los estudios centrados en la felicidad y nos centremos en contrastar varios de estos factores con la realidad de nuestras sociedades a fin de poder evaluar con mayor precisión dos cuestiones bien diferentes, pero estrechamente relacionadas:

- **La primera**: ¿en qué medida han cumplido o pueden llegar a cumplir nuestras sociedades de consumo actuales su promesa de felicidad? Es cierto que han conseguido ofrecer a la gran mayoría de sus ciudadanos (aunque sería más apropiado decir consumidores) lo que ninguna otra a lo largo de la historia, es decir, las condiciones

básicas necesarias para poder alcanzar la felicidad, pero ¿qué le ha exigido a cambio?  
¿Cuáles son, podríamos decir, los “daños colaterales”?

- **La segunda cuestión a analizar:** ¿qué respuesta dan nuestras actuales sociedades al resto de factores que acabamos de enumerar, especialmente a los dos que, como hemos visto, mayor correlación parecen tener con la felicidad: la integración y participación social y los lazos de amistad y familiares?

Comencemos por la primera: en ningún otro sitio podremos encontrar mejor formulada la promesa de felicidad de la sociedad consumista como en el libro que durante muchos decenios fue la Biblia de las políticas neoliberales: *Las etapas de crecimiento económico, un manifiesto no comunista*, de Rostow. La teoría del autor propone el desarrollo evolucionista de las sociedades de las sociedades a través de cinco etapas: sociedad tradicional, transición, despegue, camino a la madurez y, por fin, el consumo a gran escala. De esta teoría nos interesan aquí varias cuestiones:

- la primera es que el autor, y tras de él todas las políticas del FMI y del BM inspiradas en su teoría, propone estas cinco etapas no solamente como los pasos necesarios que han de dar todas las sociedades para alcanzar la prosperidad económica sino también, dándolo por descontado, la felicidad de los pueblos.
- La segunda, que aunque siempre se habla de “las cinco etapas del desarrollo”, y así se sigue estudiando hoy en numerosas carreras, en su libro el autor realmente no habla de 5 etapas, sino de 6.

¿En qué consiste esta sexta etapa? Rostow la llama, la etapa Buddebrook. En ella, como sucedía con la última generación en la famosa novela de Thomas Mann, comenzarían a olvidarse los valores sobre los que se había construido la sociedad de consumo, como el dinero (primera generación de la célebre dinastía) o la posición social (segunda generación) y se comenzaría a otorgar importancia a otros centrados en la espiritualidad, la autorrealización, el pleno disfrute, la amistad, el arte, ect. Rostow pareció no equivocarse. Por lo menos, no del todo.

Apenas transcurridas dos décadas desde la publicación de su libro, esta sexta etapa parecía estar anunciando su esperanzadora llegada. Una generación de centauros, como llamó Roszak en *El nacimiento de una contracultura* a la joven generación de los sesenta, asaltaba el templo del consumismo y exigía dar el siguiente paso. Pero el siguiente paso no se dio. Había demasiado lastre.

Los mismos bienes que habían permitido escapar por fin de la mera subsistencia a los ciudadanos de los países desarrollados, elevarse por encima de ella lo suficiente como para poder por fin ver al alcance de la mano la felicidad, si no del hombre, si al menos de los ciudadanos de estas sociedades privilegiadas, comenzaban a pesar demasiado como para poder seguir elevándose hasta ella. Gilles Lipovetsky, nada sospechoso de fanatismo anti-consumista, lo llama en su último libro la condición paradójica del consumidor: cuanto más obtiene el hiperconsumidor (así lo llama él) un poder que no conocía hasta entonces, más extiende el mercado su influencia tentacular, más autoadministrado está el comprador y más determinación hay vinculada al orden comercial.

¿Realmente afecta todo esto a la felicidad del hombre actual? En mi opinión, desde un punto de vista sociológico, de forma esencial, ya que al hablar de sociedad de consumo hablamos del principio rector de nuestra forma de vida. En este campo, el hombre actual lucha contra dos frentes: el biológico, podríamos llamarle, y el ideológico.

- En el primer frente, el hombre de las sociedades desarrolladas ha de enfrentarse contra lo que desde la psicología evolutiva ha sido llamado “la tragedia de la felicidad” o “rutina hedonista”, un mecanismo por el que, aseguran, los seres humanos presentan una innegable tendencia a acomodarse rápidamente a sus placeres, a aburrirse rápidamente de ellos y a sufrir a continuación ansiedad e incluso infelicidad con su satisfacción. Es lo que se ha demostrado que sucede cuando a alguien le toca la lotería, lo que a fin de cuenta todos deseamos pero que, si lo pensamos un momento, ya nos sucedió en el momento en el que nacimos en un país desarrollado. Tras un breve periodo de euforia, que puede ir desde varias semanas a varios meses, dicen los estudios, los ganadores siempre vuelven, como una hola centrífuga, al punto de partida, basculando en torno a lo que se denomina el **set point**, el punto de inflexión en el termostato del estado de ánimo.

El efecto de este mecanismo es fácil de averiguar en nuestras sociedades desarrolladas: la prosperidad económica y la abundancia, aunque permiten elevarnos por encima de la mera vida de subsistencia, repleta de permanentes e innecesarios esfuerzos, costosos

sacrificios y constantes infortunios, elevan también, y mucho, el listón de la felicidad subjetiva de los que han tenido la suerte de disfrutarlas.

- El segundo frente, más interesante que el anterior desde el punto de vista sociológico, es el de la ideología de la sociedad consumista, convertida en una segunda piel biológica, como denunciaba Herbert Marcuse, agravando considerablemente todos los síntomas.

Escribe Comte-Sponville en una admirable síntesis de la filosofía epicúrea de la felicidad: “hay placer, y hay alegría cuando deseamos lo que tenemos, lo que hacemos, lo que es. Hay placer, ya hay alegría, cuando deseamos lo que no nos falta”.

Si esto es cierto, y personalmente creo que lo es, la sociedad consumista no es, más aún, no puede ser una sociedad en la que sea fácil alcanzar la felicidad. Y digo no puede precisamente porque va contra el mecanismo fundamental que le permite funcionar: la creación sistemática no de necesidades, como tantas veces se ha dicho, sino de deseos transformados en necesidades.

Este fue el punto esencial que se le escapó a Rostow cuando vaticinó la inminente llegada de su sexta etapa económica, regida por la dinámica Buddenbrook, que la paradoja del consumista aparece cuando, como afirma Steven Miles, “depende de que los consumidores nunca estarán totalmente satisfechos” o en palabras de un ex directivo de la General Motors: “La clave de la prosperidad económica es la creación de una insatisfacción organizada”. “El mundo del consumismo” escribía Pignotti sarcásticamente, “es un mundo de seres felices, un mundo que podría perfectamente ser el paraíso si no existiera (¡maldición!) el problema de la camisa sucia y la preocupación por el mal aliento”. Se ha dicho muchas veces que el tiempo característico de nuestras sociedades es el presente, y de ahí el pormenorizado análisis del pape jugado por el valor de presentismo en tantos ámbitos sociales, desde el ocio y la relación de pareja, hasta la política. Me parece un enfoque poco atinado: más que el presente, el verdadero tiempo de consumo es el *futuro presentalizado*, un futuro siempre al alcance de la mano, pero nunca del todo presente, nunca perfecto del todo.

La mayoría de los análisis de la sociedad actual enfatizan su carácter hedonista e, incluso dionisiaco.

La **figura de Dionisio** entra en escena precisamente a finales de los años sesenta para conceptualizar el paisaje cultural de las democracias rediseñadas por el ímpetu de los nuevos

valores hedonistas, disidentes y utópicos de la que, sin duda, fue la única generación digna de recibir el nombre de Buddenbrook. El principio de contención vigente comenzaba a ser sustituido por la exaltación del cuerpo, el éxtasis sensorial y musical, el culto a las drogas, a la psicodélica y, en general, al la honda y exhaustiva experimentación con los placeres.

¿Podemos seguir haciendo el mismo análisis cuarenta años más tarde, como de hecho, machaconamente, se sigue haciendo? Dejando a un lado el carácter esencialmente colectivo que entraña el espíritu dionisiaco, sustituido en nuestras sociedades por un hedonismo que individualiza lo colectivo en busca de satisfacciones privadas, el camino de Dionisio no se ha explorado, como tanto se temió durante mucho tiempo, sino en su forma más light y, sobre todo, vinculada en todo momento a la oferta de consumo.

Se trata más bien, escribe Lipovetzsky, de un “Dioniso de pacotilla, menos entregado a la búsqueda de goces desenfrenados que a los consumos mediáticos, menos ávido de bacanales convulsivas que de apacibles y pequeñas alegrías domésticas”. Un río de distracciones va en este sentido: viajes organizados, clubs de vacaciones, juegos de lotería y de rascar números, bricolaje, fútbol, jardinería, wii, play-station.

Deslumbrados por los grandes eventos lúdico-festivos, como el pasado día del orgullo gay o los macroconciertos, tan abundantes por estas fechas, y sobre todo por el énfasis mediático sobre los fenómenos dionisiacos puntuales y esporádicos, en especial cuando se aborda el tema de la juventud, podría llegarse a la conclusión de que nuestra sociedad busca la felicidad en la búsqueda compulsiva y explosiva de los placeres. Lo cierto sin embargo es que, con excepción de los cómodos e inocuos pequeños placeres sensuales de una amplia paleta de bienes y servicios dispensados por el mercado, estos placeres siguen estando bien controlados, solo que por mecanismos diferentes.

La cultura consumista no implica un cambio brusco de una cultura ascética a otra hedonista sino que, en realidad, demanda cada vez mayor cantidad de lo que Mike Featherstone denomina <hedonismo calculado>, la persistencia de una ética reformada de la autocontención y la disciplina corporal.

Detrás de este nuevo discurso puede ser detectada la metáfora del cuerpo como máquina: medido atendiendo a los patrones calóricos, proteínicos, vitamínicos... de tal forma que la disciplina y la eficiencia pueden ser calculadas con absoluta precisión y certeza. Se espera de los alimentos que mejoren la salud, que impidan el aumento de peso, que refuercen la vitalidad, retrasen la aparición de arrugas, o prevengan el envejecimiento. Lo importante ya no es vivir

plenamente el tiempo que se nos ha concedido, sino aguantar lo más posible. El *pecado*, lejos de quedar borrado del cuerpo, se reinscribe en él, trasplantado en las nuevas coordenadas culturales, haciéndolo, como antaño el lugar de una amenaza latente.

La actual manifestación de la anorexia y la bulimia, fenómenos alimenticios que se extienden cada vez más en grupos de edad hasta hace apenas diez años fuera de peligro, los preadolescentes, por un lado, y las personas de más de cuarenta y cincuenta, por otro, pone en evidencia, como ha indicado Javier San Sebastian, psiquiatra especialista en este tipo de trastornos, el giro que se ha producido desde la autocontención ascética a la autocontención estética:

...chicas adolescentes, muy influidas por una sociedad que prima en exceso la belleza y la imagen, partícipes de una civilización despilfarradora y superficial, en la que los referentes espirituales y las inquietudes trascendentales se han perdido en detrimento de otros valores que transmiten machaconamente medios de comunicación con un enorme poder como la televisión. En nuestra sociedad occidental, la estructura familiar y sus tradiciones tienen un escaso poder contenedor frente a la insistencia subliminal y abierta de mensajes que identifican <cuerpo diez> con felicidad

Aunque parezca extraño, un diagnóstico muy similar se desprende de un análisis de la supuesta conquista de los placeres sexuales. Quien observe los abundantes programas de televisión dedicados a comportamientos, llamémosles, excesivos, desde el uso de las más variadas fantasías y de juguetes hasta el intercambio de parejas en locales liberales, presentados invariablemente como fuertes tendencias, se llevaría una gran sorpresa al leer cualquier informe sobre costumbres sexuales reales de la población. Se da, eso es innegable, una hipertrofia icónica del sexo, pero en la realidad encontramos un orden bien regulado de las costumbres. Incluso entre los más jóvenes, presentados por los medios como auténticos depredadores sexuales nocturnos:

- según el último Informe de la juventud en España del INJUVE, la fidelidad sigue siendo un valor fuertemente arraigado entre los jóvenes, siendo defendido como tal por más del 85%.
- En el mismo informe, el 70% de estos jóvenes declaraba haber mantenido relaciones sexuales con una sola persona en los últimos 12 meses, un 10% con dos y apenas un 5% con tres o más.
- La mayor encuesta sobre sexualidad en el mundo, la realizada en 26 países con una muestra total de 26.000 encuestas también hecha un jarro de agua fría sobre la cabeza de quienes sacan conclusiones apresuradas de la orgía de representaciones mediáticas: Según el último estudio realizado, en España ni siquiera llega a la mitad de la población

los que se consideran satisfechos con su vida sexual. En GB es el 42%, en Alemania el 38, en Francia, el 25, en Japón, el 15%.

- Lo cual tampoco es de extrañar, en mi opinión, teniendo en cuenta que, en concreto los españoles parecemos no encontrar tiempo para este tipo de actividades: ni siquiera 16 minutos, de media, por contacto sexual.

“Metáfora por metáfora” concluye Lipovetzki, en nuestras sociedades “Narciso ha vencido a Dioniso. Un Narciso menos despreocupado que vigilante, menos admirador de su belleza que inquieto por su aspecto y su salud. Narciso no se abandona ya a la contemplación de su imagen, consulta con médicos y especialistas, adopta estrategias de prevención, cambia su alimentación, renuncia al tabaco, se protege del sol, practica actividades para recuperar la forma, corrige su aspecto”.

Una vez analizada la cuestión de la capacidad de la sociedad consumista de transformar el bienestar en felicidad, incluso de tipo hedonista, ¿qué pasa con la integración y participación social, los lazos de amistad y familiares. los factores que, según los estudios de Veenhoven, mayor correlación tienen con la felicidad.

La gran mayoría de los estudios apuntan a una auténtica pauperización de los vínculos sociales, especialmente entre los más jóvenes, quienes marcan cómo será el futuro. Veamos unos cuantos datos:

- En los últimos decenios se detecta claramente el hundimiento de la confianza interpersonal, o confianza *diluida*. En el caso concreto de España, donde **todo hacía pensar que se elevarían los niveles de confianza social** con el paulatino abandono de un pasado de intolerancia autoritaria y rigidez normativa, los datos recogidos desde los años sesenta indican, sin embargo, precisamente todo lo contrario. Ya a finales de la década de los ochenta el **porcentaje de “recelosos”** (“no se puede confiar en la mayor parte de la gente”) comienza a aumentar frente al de “confiados”. Veinte años más tarde, ascendía a un 53% de los jóvenes que hacían propia la frase **“es mejor no confiar demasiado en la gente”**.
- Al adentrarnos en el **territorio de la participación en grupos, asociaciones o movimientos sociales** el panorama se muestra igualmente desalentador: en apenas quince años el aumento de jóvenes que afirman no pertenecer a ningún tipo de organización o asociación es el máximo registrado Solamente en los 10 últimos años, de 1999 a, 2000 el

porcentaje de jóvenes no pertenecientes a ningún tipo de grupo o asociación aumenta un 11%, hasta situarse en el 82%.

- En el **terreno político** podemos apreciar estos mismos síntomas, pero aún más acusados. Para el tema que nos trae hoy aquí, los datos pueden ser leídos en dos direcciones diferentes pero complementarias:
  - **primero**: los ciudadanos se sienten cada vez menos importantes en un proceso político que parece funcionar a expensas suya y, peor aún, que sirve a unos intereses diferentes, incluso contrarios a los suyos.
  - **Segundo**, en parte como respuesta a lo anterior: pérdida de interés por el proceso democrático y abandono de la participación, tanto formal como informal. Veamos solamente unos cuantos datos correspondientes al último Informe Jóvenes Españoles 2010 de la Fundación Santa María:
    - Una amplia mayoría de jóvenes muestran su acuerdo con la frase: “los políticos anteponen los intereses de las multinacionales, bancos y grupos de presión a los intereses de los ciudadanos”, porcentaje que aumenta cuando se les pregunta sobre los propios intereses de los políticos y de su partido sobre los de los ciudadanos.
    - Solamente en los últimos cuatro años el porcentaje de jóvenes que afirmaba no tener “NADA” de interés por la política aumenta de un 38 a un 50% ¡EN SOLO CUATRO AÑOS! Si a este último porcentaje le sumamos el correspondiente a “poco interés”, el porcentaje total asciende hasta el 80% .
    - Una ínfima proporción de ellos , menos de 1 DE CADA 15, afirman participar en algún foro o chat sobre política o, ATENCIÓN, sobre actualidad social.

De creernos las conclusiones de Veenhoven, lo visto hasta aquí pone en evidencia que el factor que podría ser una de las fuentes más importantes de felicidad, se está convirtiendo de hecho más bien en una fuente de infelicidad generalizada, la grave erosión de los lazos sociales. Si de ahí pasamos a las relaciones íntimas, en especial la familia, nos damos cuenta de que la situación es tanto o incluso más dramática. Aunque los datos son de sobra conocidos por todos, conviene recordar y refrescar los más básicos. Según el último *Informe de la Evolución de la familia en Europa*, del año pasado:



- El número de matrimonios ha descendido espectacularmente, a pesar del considerable aumento de la población. En el conjunto de Europa se calculan, de media, 7.225.000 matrimonios anuales menos desde 1980. En consecuencia, la población soltera comienza a alcanzar a la casada. En España concretamente la proporción es ya de un 43 a un 45%.
- Desde 1980 se dan al año, de media, 358.000 nuevas rupturas matrimoniales. en Europa algo más de 10 millones de matrimonios lo que, se calcula, ha afectado a 17 millones de hijos. En este mismo periodo de tiempo, España se ha puesto a la cabeza de Europa: en 1981 se registraron 16.000 rupturas matrimoniales. En el 2007, 125.000.
- Resumiendo: en 1981, para el conjunto de los países de la UE, de cada 5 matrimonios se rompía uno. En el 2007, de cada 2,3, uno. Esta proporción es aún mayor en España, igual que en Bélgica y Hungría, donde, de cada 3 matrimonios nuevos, se rompen 2.

A quienes no están familiarizados con los estudios sobre familia, estos datos les podrían parecer exagerados y catastrofistas. Por desgracia no son ni una cosa ni otra. Son datos. Fríos, sin el más mínimo relieve emotivo. Hace falta recurrir a la experiencia personal o a las vivencias de las personas más cercanas para comprender todo el sufrimiento que se esconde tras esas cifras.

Supongo que a muchos de vosotros ya os habrá venido la duda a la cabeza: un momento, pero ¿no habíamos quedado al principio de la conferencia en que los ciudadanos de los países desarrollados se contaban entre los más felices del mundo? La verdad es que no. Habíamos quedado en que los ciudadanos de los países desarrollados declaramos ser de los más felices, pero no que lo seamos.

Los datos, como acabo de decir, son fríos, pero también, muchas veces, bastante mentirosos, y al igual que sucede con las personas lo más importante es saber porqué mienten. ¿Mienten los datos de la Encuesta mundial de Felicidad, de la Encuesta mundial de Valores y de otros tantos estudios? Es probable. Aunque solo sea en parte.

Hay bastantes evidencias o, por lo menos, bastantes dudas razonables que apoyan esta hipótesis.

- Por un lado, el método cuantitativo de medición de la felicidad en el que se le pregunta directamente al entrevistado por su nivel de bienestar subjetivo o directamente por su felicidad, pese a tener la gran ventaja de ser estadísticamente representativo y permitir comparaciones numéricas, muestra serias carencias. Muy serias. El primero en

reconocerlo es el propio Ruut Veenhoven: diferencias de lenguaje, diferente predisposición cultural para dar una buena imagen de uno mismo, incluso diferente concepción o actitud frente a la felicidad y un largo etc.

- Por otro lado, una cantidad cada vez mayor de estudios, menos sujetos que los anteriores a la dictadura del número y menos obcecados en las varianzas y las correlaciones, ponen en evidencia:
  - **Primero**, que los ciudadanos de los países desarrollados somos mucho menos felices de lo que afirmamos ser
  - Y **segundo**: que incluso la felicidad declarada, en un número cada vez mayor de países desarrollados, están cayendo en picado en los últimos decenios, como es el caso de Estados Unidos, el más estudiado, como es de suponer, pero también, de forma bien clara Austria, Italia, Portugal, Holanda, Japón, etc.)<sup>1</sup>

Destaco de estos estudios dos, primero por la gran relevancia que han tenido y, segundo, por su seriedad metodológica y su agudeza intelectual:

- el primero, de Robert Putnam, se centra casi exclusivamente al análisis de la descomposición de las relaciones sociales en nuestras sociedades y su devastador impacto sobre la felicidad de sus ciudadanos, tal y como he tratado de reflejar en la primera parte de mi conferencia. Su título lo dice todo: “Sólo en la bolera”. La felicidad de los individuos tiene cada vez más que ver con sus relaciones sociales pero estas, literalmente, se desintegran en sociedades en las que el individualismo y la libertad personal se convierten en religión y en las que los valores instrumentales fundamentales para mantener este tipo de relaciones, como el sacrificio personal, son miradas cada vez con mayor recelo, creando lo que Zygmunt Bauman, el autor de Modernidad Líquida, denomina “comunidades de guardarropa”:

El privilegio de <estar en comunidad> tiene un precio, y sólo es inofensivo, incluso invisible, en tanto que la comunidad siga siendo un sueño. El precio se paga en la moneda de la libertad, denominada de formas diversas como <autonomía>, <derecho de autoafirmación> o <derecho a ser uno mismo>. Elija uno lo que elija, algo se gana y algo

---

<sup>1</sup> Aumenta: Finlandia, Luxemburgo, Suecia. Se mantiene nivelado: Dinamarca, Grecia, Irlanda, España, RU.

se pierde. Perder la comunidad significa perder la seguridad; ganar comunidad, si es que se gana, pronto significa perder la libertad.

La desintegración comunitaria en nuestras sociedades, también ocupa un lugar destacado en el estudio de Robert Lane, *La pérdida de la felicidad en las democracias de mercado*, la segunda aportación de la que hablaba hace un momento, solo que en este caso el autor también se centra en el análisis de otros indicadores que he preferido dejar al margen en esta conferencia pero que no obstante, creo conveniente mencionar, aunque sea de pasada: el espectacular aumento de los casos de depresión y, sobre todo, de depresión crónica en los últimos decenios en nuestras sociedades, el incremento de los suicidios de adolescentes así como de los diferentes desórdenes alimenticios, el aumento de personas mayores de 65 con poco o mínimo contacto con sus familiares, etc. etc.

Como he dicho hace un momento, hay numerosas razones por las que los datos sobre felicidad subjetiva pueden mentir y que distorsionan bastante los estudios cuantitativos sobre felicidad. Sin embargo, para terminar esta conferencia (que ya va siendo hora) quiero centrarme en uno muy concreto que, en mi opinión, aporta el ingrediente fundamental que nos falta para comprender muchas de las paradojas que han ido apareciendo a lo largo de esta hora: la idea, ampliamente extendida y aceptada en nuestras sociedades, de que la felicidad es un deber.

Igual que no nos extraña el acto reflejo de sonreír en cuanto aparece una cámara de fotos, quizás tampoco nos sorprenda esta idea, pero lo cierto es que jamás antes a lo largo de la historia una cultura entera había encumbrado tan alto la felicidad. Si repasamos, guiados por la voluminosa Historia de la Felicidad de McMahon, las transformaciones que ha sufrido esta idea a lo largo de nuestra propia historia, encontraremos, simplificando (lo reconozco, en exceso), 4 grandes discursos:

- el **primero**, anterior al siglo de las luces ateniense, el siglo V antes de Cristo, en el que la felicidad es considerada un atributo de los dioses, pero no de los hombres. No estaba en su mano ser felices, sino en el azar y el destino y por supuesto, en la de los dioses, que podían o no bendecir a algunos pocos hombres con ese don.
- El **segundo** gran discurso hace su aparición con el giro filosófico socrático, especialmente a partir del empuje que reciben sus ideas con Platón y Aristóteles. A

partir de este momento, la felicidad empieza a ser concebida como algo a lo que el hombre puede acceder por sus propios méritos, con el persistente ejercicio de la virtud.

- En la **Ilustración francesa** comienza a desplegarse un nuevo discurso: se da un paso más, fundamental: la felicidad no es ya solamente posible ni solamente está en manos del hombre su realización: es un derecho humano. Ya entonces se empieza a sugerir, aunque tímidamente y no de forma generalizada, lo que más adelante, en el siglo XX, y con especial fuerza a partir del surgimiento de las primeras sociedades de consumo, comienza a ser ampliamente aceptado: que la felicidad es un deber: “la principal preocupación y la única que debe haber”, escribió ya Voltaire, “es vivir felices”.

**¿Qué significa el deber de ser feliz?** Pascal Bruckner en su último libro *La euforia perpetua*, íntegramente dedicado a este tema, lo expresa con las siguientes palabras: “la ideología propia de la segunda mitad del siglo XX que lleva a evaluarlo todo desde el punto de vista del placer y del desagrado, a la euforia que sume en la vergüenza o en el malestar a quienes no lo suscriben. Se trata de un doble postulado: por una parte, sacarle el mejor partido a la vida; por otra, afligirse o castigarse ni no se consigue. Supone” prosigue, “una perversión de la idea más bella que existe: la posibilidad concedida a cada cual de ser dueño de su destino y de mejorar su existencia” ¿Cómo unas palabras que en el Siglo de la Luz hablaban de emancipación – el derecho a la felicidad – han podido transformarse en dogma, en catecismo colectivo?

No todos los autores comulgan con una idea tan catastrofista como la sostenida por Bruckner de la felicidad como deber. En especial si atendemos a la nueva función social que desempeña y, sobre todo, a los huecos que ha venido a llenar. El más importante, en una sociedad secularizada, el de la religión.

Ahora bien, si la felicidad, ese “mito necesario” como lo llamó Julián Marías, recoge el testigo o simplemente absorbe muchas de las funciones sociales que antaño desempeñaban otros valores y creencias, lo cierto es que este trueque puede ser más disfuncional que funcional o, por lo menos, acarrear serios problemas a sus fervientes seguidores, en especial, aunque resulte, una vez más, paradójico, para su objetivo de alcanzar la felicidad.

El error, ampliamente extendido hoy, es considerar la felicidad como el fin supremo de la existencia, un error que puede ser rastreado hasta la teoría ética de Aristóteles o, habría que ser más precisos, sobre una interpretación demasiado estricta de esta teoría. Para Aristóteles, “si existe algún fin común a todo lo que perseguimos con nuestras acciones, éste será el fin supremo”... la felicidad. Ahora bien, Aristóteles creía que debíamos descansar y regenerarnos,

disfrutar del placer y la relajación, divertirnos y aliviarnos, con el fin, como subraya McMahon de prepararnos para empresas serias, “no para trabajar con renovada energía en alcanzar el objetivo final de lograr más placer y bienestar”.

Para llevar a cabo empresas serias, sin embargo, primero debemos decidir cuáles han de ser dichas empresas, y ese es precisamente el problema de muchas personas en nuestras sociedades actuales, a quienes les resulta difícil fijarse objetivos a largo plazo que no tengan que ver con sentirse bien, seguir una trayectoria coherente que de esperanza, convicción y razón de ser a sus vidas. “En la sociedad de consumo”, ha escrito un agudo pensador francés. Edgard Morin, la gente tiene de todo, menos de lo que da sentido a ese todo”.

Mientras cumplía su función social de supremo artículo de fe, la felicidad podía hacer soñar, seguir siendo el punto de fuga de un deseo siempre ardiente y voraz. Una vez convertida, en el discurso social actual, en el único horizonte de nuestras democracias, fruto del trabajo, la voluntad y el esfuerzo, no tiene más remedio que provocarnos angustia.

Pascal Bruckner es tajante en este punto: “probablemente”, escribe “somos las primeras sociedades de la historia que han hecho a la gente infeliz por no ser feliz” y propone **tres paradojas que surgen de la idea de felicidad como imperativo:**

- La **primera**: se refiere a un objeto tan indistinto que, a fuerza de imprecisión, se vuelve intimidatorio. Esto es lo que tiene en común, curiosamente, con el dinero: que ambos son abstracciones, y que en potencia representan todos los placeres posibles. Lo interesante aquí es que la abstracción misma del término felicidad es capaz de explicar al mismo tiempo tanto su capacidad de seducción en nuestras sociedades, como la angustia que genera... condenando a la gente a no estar nunca realmente segura de ser felices de verdad.
- La **segunda** paradoja consiste en que desemboca en la apatía y el aburrimiento en cuanto se realiza ya que se confronta al ideal colectivo irreal de una felicidad siempre saciada y, al mismo tiempo, siempre hambrienta que posee la capacidad de evitar la doble trampa de la frustración y la saciedad. Las constantes imágenes de felicidad artificial de las que hablaba al comienzo de esta conferencia, no hacen más que reforzar la tristeza y peor aún, la culpa y la sensación de incapacidad que sienten los que no pueden encontrarlas en sí mismos. La falta de una espectacularidad y una intensidad que nos proporcionen lo que creemos que es la felicidad plena, deslucen la rutina, la cotidianidad, transformándolas en uno de los peores males a combatir en nuestras

sociedades, haciéndonos olvidar que, aunque solamente sea por poder disfrutar el contraste, en la vida hacen falta días de vacío, días grises, miles de pequeñas e insípidas rutinas que, en realidad, solo deslucen si nos ciega la potente luz de una idea irreal de felicidad.

- La **tercera** paradoja planteada por la felicidad como imperativo, por último, es la huida enfermiza del sufrimiento y de todo lo que pueda causarlo, hasta el punto de encontrarnos desarmados ante él en cuanto éste resurge. Los mayores sufrimientos los padecemos ahora por no querer sufrir y enfermamos por buscar obsesivamente la salud perfecta... al igual que la rutina es eliminada de la idea de felicidad, de la ecuación necesaria para alcanzarla; el sufrimiento y todo lo que pueda producirlo, como la aventura y el riesgo auténticos, son vistos como algo diametralmente opuesto, como un obstáculo para alcanzar la felicidad. En el siglo XIX Nietzsche parecía estar hablando a los ciudadanos de nuestras sociedades cuando escribía: “que poco sabéis de la felicidad humana vosotros, personas cómodas y benevolentes, porque la felicidad y la infelicidad son hermanas e incluso gemelas que, o crecen juntas o, como en vuestro caso, nunca crecen”.

Quien sabe. Es posible que dentro de no mucho comience a escucharse en nuestras sociedades el mismo grito que lanzaba John “el salvaje” en la novela de Huxley, *Un Mundo Feliz*: No quiero comodidades. Quiero un Dios, quiero poesía, quiero peligros reales, quiero libertad, quiero bondad, quiero pecado”